

Una mirada nueva a una nueva situación.

Una de las constataciones que nos dejó la sociología crítica es que la educación siempre es reflejo de la sociedad que realiza el proceso educativo. De la misma manera, la pastoral con jóvenes, que no deja de ser el proceso educativo por el cual se incorporan nuevos miembros a la comunidad eclesial, es reflejo de la comunidad que acompaña y desarrolla ese proceso. La reflexión que viene a continuación está gestada, así, en un contexto y una vivencia comunitaria y eclesial, es fruto de una experiencia concreta y, por eso, me parece honesto comenzar poniendo sobre la mesa las fuentes en las que bebo.

Soy mujer y laica, y eso colorea mi perspectiva de la sociedad y de la Iglesia. Mi fe es fruto, en primer lugar, de la fe de mi madre, una mujer valiente y buscadora, en su momento miembro de Acción Católica y militante activa de la Iglesia en la línea del Vaticano II. Me eduqué en la fe en los procesos abiertos y comprometidos de los años 80, y comprometí mi vida en las comunidades Adsis, un movimiento de presencia comunitaria entre los jóvenes y los pobres, que integra a hombres y mujeres, curas y laicos, célibes y casados, convencidos de que lo que nos une radicalmente es la experiencia de ser hijos de Dios y, por tanto, hermanos, y que nos descubrimos llamados a hacer que esta experiencia de fraternidad se amplíe en la historia concreta que nos toca vivir. Soy pedagoga, me apasiona la educación, y he tenido la suerte de poder trabajar en ámbitos seculares y eclesiales, codo a codo con otros, en Chile y en España, haciendo pastoral desde la educación y educación en la pastoral. Y en los últimos años he podido participar con mis hermanos en un profundo proceso de búsqueda de nuevos caminos para anunciar a Jesús a los jóvenes que ha cristalizado en el proyecto Jóvenes y Dios.

Ésta es la perspectiva desde la que abordo esta reflexión, que siento fruto de muchos diálogos y muchas búsquedas compartidas. Y la propongo como sugerencias para continuar buscando juntos, en la línea que propone esta serie de artículos, donde, como me decían al pedírmelo, "lo más importante no es acertar, sino abrir nuevas búsquedas". Ciertamente, es mejor equivocarse que no buscar. Así que nos lanzaremos a proponer algunas pistas.

El cielo está rojo

"Por la tarde decís: "va a hacer buen tiempo, porque el cielo está rojizo". Y, por la mañana: "hoy hará malo, porque el cielo está rojizo y cargado". Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no los signos de los tiempos" (Mc 16, 2-3).

Quizá hoy podríamos escuchar las mismas palabras de Jesús a todos aquellos que nos dedicamos a la pastoral con jóvenes. La mayoría percibimos que vivimos unos "tiempos difíciles". Nos gustaría encontrar una mayor respuesta entre los jóvenes. Nos preguntamos por qué lo que nosotros en nuestro momento percibimos como un proyecto entusiasmante y atractivo, hoy parece no tener eco, o tenerlo muy diluido, entre los jóvenes con los que nos encontramos.

Y los datos están ahí, al menos en España: los jóvenes cada vez participan en menor número en la Iglesia, cada vez valoran menos a la Iglesia como institución, y la fe y la cultura cristiana parece que está empezando a ocupar un lugar marginal. Tal vez no es que no tengan fe, pero nos resulta cada vez más difícil realizar con ellos procesos como los que una vez vivimos nosotros y por los que apostamos, que conduzcan a una opción adulta y global por el seguimiento de Jesús y a un proyecto de vida coherente con esta opción.



Como siempre, ante esta experiencia tenemos varias alternativas. Podemos conformarnos interpretando que "corren malos tiempos para la lírica" y que nos toca pasar a los cuarteles de invierno. Podemos, demasiadas veces, reaccionar queriendo desandar lo andado y retrocediendo hacia planteamientos de confrontación con la cultura, interpretando que la cultura es contraria a la fe y que hemos de alejar a los jóvenes de su mala influencia, acentuando planteamientos más integristas. O podemos asumir con valentía los mensajes que nos están enviando los jóvenes y que nos está enviando el Espíritu a través de ellos y de la cultura que vivimos, y colocarnos en situación de aprendizaje, reaprendiendo, a veces dolorosamente, a leer, a vivir y a comunicar la fe que recibimos y que no es propiedad nuestra.

Lo cierto es que hoy tenemos multitud de signos que reclaman nuestra atención. Los jóvenes, con su palabra y su indiferencia, con sus respuestas y sus ausencias, están reclamando algo de nosotros. Y el Espíritu con ellos, y a través de ellos...

Una constatación de partida: los agentes pastorales, los miembros de las comunidades cristianas, nos sentimos perdidos al hablar de los jóvenes. No es que ésta sea una experiencia nueva: - como me comentaba hace poco un veterano experto en pastoral con jóvenes "ahora hay que inventarlo todo... pero hace 20 años tampoco servía lo anterior y había que inventarlo todo".

Estamos insertos en un proceso de transformación que ha comenzado mucho antes que nosotros. Una transformación que tampoco se reduce a la Iglesia, ni siquiera tiene su centro en ella. La escasa participación de los jóvenes no sólo se da en el ámbito eclesial. El movimiento de valores y de concepciones ante el mundo no sólo afecta la vivencia religiosa, sino la vivencia social, relacional, política, económica, educativa, cultural. Todo está en permanente cambio. ¿Por qué nos escandalizamos al descubrir que ese cambio afecta también a la vivencia de la fe?

Vivimos una transformación lenta e imparable que en ocasiones se condensa y nos hace experimentar el vértigo de lo imprevisible. Ante esta realidad nos toca situarnos desde la fe. La valoración que hacemos de la cultura que vivimos y que especialmente se manifiesta en los jóvenes es, antes que una cuestión moral, una cuestión de perspectiva, y nos enfrenta con la pregunta de en qué Dios creemos, más allá de nuestras formulaciones doctrinales. Afirmamos que creemos en un Dios encarnado, presente en la historia, que la va empujando a su plenitud (Rm 8, 18-30). Creemos que el Espíritu nos abre cada día a una más profunda comprensión de la revelación de Dios (Jn 16, 13). Contamos con la certeza de que las promesas de Dios en Jesús, se cumplirán por el Espíritu que actúa en la historia. Y, sin embargo, como humanos que somos, nos asustamos cuando se nos rompe el frágil control que creíamos tener sobre cómo son y deben ser las cosas. Por eso nos asustamos tanto ante las reacciones de los jóvenes: porque nos enfrentan a una forma de ver el mundo que no entendemos y nos cuesta creer que Dios puede estar diciéndonos una palabra en ellos.

La confianza básica en que Dios actúa en la historia y que, aunque nosotros no sepamos bien cómo, la está llevando hacia el Reino nos sitúa de otra manera ante el pasado y ante el futuro, y determina la forma en la que leemos y acogemos los signos de los tiempos actuales. La nostalgia de los tiempos pasados, sean éstos los de la sociedad de cristiandad o la idealizada perspectiva militante de los años 70 y 80, delata una mirada consciente o inconsciente que agota a Dios en lo que hasta ahora hemos sido capaces de comprender.

Pero los jóvenes han nacido en esta época, y las coordenadas culturales en las que se están educando son distintas. Podemos, sin duda, interpretar que son una desviación, y así lo hacemos cuando, sea desde un punto de vista "progresista" o "conservador", anatemizamos la cultura emergente.

Vivimos la fe en un ropaje cultural y no podemos vivirla de otra manera. Los cambios culturales nos despojan de este ropaje y nos sentimos desnudos. Pero, como para el pueblo de Israel en el exilio, como para los cristianos de las primeras comunidades, enfrentados a una cultura nueva y desconcertante, este cambio cultural es ocasión de crecimiento y de una comprensión más profunda del Dios que se revela en la historia. Es tiempo de escuchar las palabras de Jesús: "Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación" (Lc 21, 28).

Porque, por otra parte, estamos convencidos de que lo que vivimos -nuestra fe, el seguimiento de Jesús, la experiencia comunitaria- es un tesoro, una buena noticia, una propuesta que merece la pena ser comunicada. La pregunta es, por tanto, cómo somos capaces de transparentarla más que ocultarla; cómo hacemos lo posible para que el armazón cultural en el que la vivimos y encarnamos no se convierta un obstáculo difícilmente salvable para los jóvenes que viven unas coordenadas culturales distintas. Cómo dejamos que la Buena Noticia de Jesús se pueda transparentar a través de nosotros y nuestra acción personal y comunitaria con toda su vigencia y actualidad.

Los signos de los tiempos: una cultura rápida

En los últimos tiempos se ha acuñado la expresión de "cultura líquida" frente a la cultura "sólida" de la modernidad. Una expresión que hace referencia a muchas de las cosas que nos desconciertan en el encuentro con los jóvenes: todo es móvil, todo es flexible, todo cambia. Lo líquido no tiene forma en sí mismo: adopta diversas formas según los recipientes. Los esquemas que teníamos para entender el mundo se nos desmoronan y, sobre todo, descubrimos que resultan difícilmente comprensibles para los jóvenes.

La racionalidad moderna nos invitaba y nos hizo desarrollar procesos pastorales "de modernidad". La vida como proyecto, dirigida por la persona, centrada en un valor, ordenada y orientada por él... No renunciamos ni podemos renunciar a esas conquistas, que son fruto de la apuesta por la libertad de la persona humana, pero la realidad actual nos complejiza la situación. Profundizar en esa misma dinámica de libertad nos obliga a salirnos de los esquemas unidireccionales y unívocos como los que han dominado nuestra pastoral hasta ahora.

A la racionalidad moderna correspondía un modelo de proceso lineal. Concebía a la persona como ser fundamentalmente racional, unitario, que tomaba decisiones sobre la propia vida con la voluntad; el componente afectivo y social servía como motivador y aglutinante y "coherencia" era la palabra mágica que se explicaba por sí sola.

Sin embargo, nos encontramos con que a la racionalidad postmoderna no le sirve ese tipo de procesos. En los tiempos que vivimos, nos damos cuenta de que la unidad de la persona es una conquista, no un presupuesto; que la racionalidad intelectual y lógica se ha mostrado incapaz de dar sentido a la vida y de darle unidad, por lo que ha caído en detrimento de otras racionalidades, que lo que convence no es lo lógico sino lo significativo, lo vitalmente significativo, lo afectivo,

lo vivencial. Si tuviéramos que buscar una palabra "mágica", no sería coherencia, sino, tal vez, "intuición".

Pero nos cuesta ser coherentes con nuestro propio discurso y con el análisis de la realidad que hacemos: hablamos de que los jóvenes de hoy tienen identidades tipo puzzle, y, sin embargo, nos empeñamos en acompañarles sin tener en cuenta esa realidad que, en el fondo, no nos gusta. Sin embargo...:

- tal vez los jóvenes son constructores más activos hoy que antes de su identidad... están obligados a serlo si quieren tener identidad...
- puede que no sean más libres, pero tienen menos elementos determinados. La sociedad de hoy ofrece tal abanico de ofertas, aunque muchas estén fuera de su alcance, y ofrece tan pocos caminos fijos, que se encuentran permanentemente con multitud opciones posibles y, al mismo tiempo, eso les hace más complicada la libertad...
- admiten grados de adhesión variable, como señalan los obispos de Québec. Nada es todo o nada, todo requiere síntesis, y, por eso, es muy difícil lograr la identidad...
- hoy se niegan a renunciar a elementos valiosos de su propia identidad sin una buena razón. No están dispuestos a renunciar a la afectividad, al placer, al encuentro...

Y, sí: somos conscientes de que toda esta realidad tiene pros y contras, conlleva muchísimos peligros, pero, ¿y si probamos a centrarnos en lo que podemos aprovechar, lo que nos habla del ser humano imagen de Dios, en lo que nos habla del Reino?

Vamos a proponer cuatro signos de este momento cultural que consideramos que nos pueden dar claves para nuestros procesos pastorales:

1. La primacía de lo afectivo

Una de las cosas que reconocemos todos los que trabajamos con jóvenes es la importancia del componente afectivo en las opciones cotidianas y en las opciones vitales. En décadas anteriores pretendíamos tomar las decisiones en base a la "objetividad": lo afectivo se interpretaba como un territorio peligroso, una dimensión a dominar y subordinar a lo racional y al deber ser. Podríamos añadir que de esos polvos vienen estos lodos: lo afectivo en no pocas ocasiones nos traiciona y nos descuadra las opciones tomadas.

En todo caso, hoy la afectividad, lo que me gusta, lo que me mueve, lo que me afecta, tiene carta de ciudadanía. Esto hace que en ocasiones percibamos a los jóvenes actuales como "blanditos", sujetos a vaivenes emocionales que nos descolocan. Es cierto que la afectividad convertida en dueña y señora de la persona nos puede convertir en esclavos del gusto y la sensación.

Sin embargo, la afectividad tiene que ver con el amor, que es la palabra central del mensaje de Jesús. El amor no se reduce a lo afectivo, pero lo integra. Desde la primacía de lo afectivo en los jóvenes y en la cultura podemos descubrir una búsqueda del amor como lo único que da plenitud al ser humano, como el anhelo más profundo del corazón humano. Qué más cercano a la Buena Noticia de un Dios que es amor y que nos invita a ser como Él en el amor.

Hoy para los jóvenes (y para nosotros) resulta insuficiente una vivencia del amor que sólo se manifiesta en normas morales y en actitudes éticas. Anunciar la Buena Noticia de Jesús en esta cultura nos obliga a ofrecer a los jóvenes espacios donde amar y ser amados, donde el amor sea la norma suprema: un amor sin duda comprometido y eficaz, pero también sensible y personal. Demanda que nuestra Iglesia, nuestras comunidades y nuestros procesos sean escuelas para aprender a amar y ámbitos de amor concreto, personalizado y eficaz, espacios del Reino donde se viva y se aprenda a vivir como hermanos (NMI, 43).

2. La recuperación de la intuición

En el diálogo fe y cultura, los cristianos hemos reivindicado históricamente que la racionalidad científica, en exclusiva, aún siendo importante, era incapaz de dar respuesta a las búsquedas del ser humano. Que había otro tipo de sabiduría y otras formas de acceso al conocimiento que no se reducían a lo empíricamente demostrable. Que ni la existencia de Dios ni la vivencia de fe podían ser exclusivamente juzgadas desde una mentalidad cientifista, porque la realidad y la vida trasciende lo meramente empírico.

Hoy asistimos a la recuperación de otras racionalidades. Descubrimos sorprendidos el hambre de trascendencia y religiosidad que se manifiesta en la New Age y en las búsquedas de corte oriental. Y descubrimos que el tipo de argumentación racional que habíamos desarrollado no tiene en los jóvenes el peso que esperamos. Las decisiones no se toman principalmente por convicción ideológica, sino por intuición: un conjunto de experiencias y saberes que escapan al pensamiento lógico-científico.

En realidad, la sabiduría del Evangelio tiene más que ver con ese tipo de conocimiento intuitivo, que integra lo afectivo, lo racional y lo vital que con un tipo de argumentación exclusivamente lógico-científica que no toca el corazón. El seguimiento de Jesús no se produce por convencimiento ideológico, sino por conversión del corazón. La mirada capaz de descubrir la presencia de Dios en la historia es una mirada que trasciende lo empírico y lo deductivo para hacernos dar el salto a una realidad que está más allá (y dentro) de lo que podemos observar.

La apertura a otras racionalidades de la cultura postmoderna nos abre de nuevo, así, a la sabiduría de la contemplación, a la interioridad, a la intuición, a la fe, a la experiencia personal, al testimonio. Y nos invita a vivir profundamente enraizados en Dios y transparentando el misterio de su presencia en nuestra vida y en la historia, y a educar a los jóvenes en esa experiencia.

3. Los valores del Reino

La tradición cristiana ha sido crucial en el desarrollo de la cultura occidental. Ha dejado muchas huellas, también en valores profundamente cristianos y que hoy están arraigados en nuestra cultura secular: la solidaridad, la justicia, la libertad, la igualdad, la tolerancia, la fraternidad.

Es cierto que vivimos una cultura individualista y, en muchas ocasiones, insolidaria. Pero nunca en la historia ha sido tan aguda la conciencia de los derechos de las personas, aunque éstos no siempre se respeten. Estos valores se han convertido en patrimonio de la humanidad y es una conquista que no podemos menospreciar.

Los jóvenes con los que nos encontramos gozan de este patrimonio y participan de

este universo de valores. Éstos son punto de partida irrenunciable para anunciar la Buena Noticia de Jesús, que los lleva a la plenitud, y para una evangelización que nos coloca codo a codo con otros, creyentes y no creyentes, en la construcción de un mundo de hijos y hermanos donde cada ser humano pueda vivir con la dignidad de los hijos de Dios.

4. La reivindicación de la libertad

Hace algún tiempo (no tanto), las decisiones que cada individuo tenía que tomar en su vida eran muy limitadas. El lugar y las condiciones del nacimiento determinaban en buena medida su vida. El oficio se heredaba de padres a hijos; las opciones de las mujeres eran claramente limitadas, e incluso el matrimonio por amor (con la consiguiente necesidad de elección de pareja) es una adquisición relativamente reciente. Siempre hubo personas que se salieron del cauce establecido, pero los carices estaban muy claramente determinados para la mayoría.

Hoy, en nuestra sociedad occidental, muy pocas cosas están predeterminadas. Hay una aguda conciencia de la libertad individual, y el sujeto es considerado como el único legitimado para decidir su vida. Como consecuencia, los jóvenes se ven abocados a una serie de decisiones cada vez más tempranas, muchas veces cuando apenas están equipados para ellas. El sujeto se ve obligado a ejercer su libertad: cuando no es capaz de hacerlo la sociedad decide por él. El mercado compite por llevar el agua a su terreno y aprovecha ese terreno abierto como ocasión para vender sucedáneos de felicidad.

Cómo no valorar positivamente este crecimiento en libertad del ser humano. Cómo no valorarlo como querido por Dios, que nos sueña amándonos y amándonos en libertad. Pero nos sitúa ante el desafío de educar en la fe en el eje de la libertad: ayudando a los jóvenes a equiparse para poder vivir en una libertad crítica, madura y responsable, y ayudándoles a ejercer esa libertad.

Educar en libertad y para la libertad implica dar herramientas para que las personas puedan decidir por sí mismas. Supone educar una mentalidad crítica e inquisitiva, capaz de cuestionarse y de afrontar la incertidumbre y el diálogo de una sociedad plural. Requiere desarrollar una seguridad personal y afectiva básica que les haga capaces de sostener posiciones contracorriente y tomar opciones aunque supongan dificultad y conflicto. E implica, sobre todo, que el argumento de autoridad, o el argumento del sentir grupal e institucional, no es suficiente. Una educación en la fe en libertad y para la libertad requiere posibilitar la maduración de una fe personalizada, afianzada en una experiencia personal de seguimiento de Jesús, contrastada en la intemperie y el diálogo y alimentada en comunidades abiertas a la cultura y a la historia. Una fe liberadora, apoyada en la experiencia de haber encontrado el tesoro escondido, vivida en libertad.

Procesos abiertos, flexibles e inclusivos

Todos estos elementos nos obligan a cambiar no tanto las metodologías, sino el propio estilo y dinámica de los procesos, para hacerlos más abiertos, flexibles e inclusivos. No es cuestión de dinámicas, de métodos, de juegos o de estrategias; no es cuestión de maquillarnos con nuevas tecnologías para hacernos más atractivos a los jóvenes: es cuestión de fondo, de perspectiva, de cultura y de estructura.

Con la metodología nos suele pasar en pastoral como pasa en educación. Los

métodos memorísticos y la clase magistral reflejaban, sin duda, una educación y una sociedad fuertemente jerarquizada, con una concepción del conocimiento como algo dado que se transmitía verticalmente. A medida que fue cambiando la dinámica social se fueron proponiendo otras visiones del conocimiento y de la educación que proponían el conocimiento como algo a construir, del cual el sujeto era protagonista activo, y esto se tradujo en los métodos activos de aprendizaje.

Sin embargo, con demasiada frecuencia las escuelas asumieron los llamados métodos activos sin asumir los cambios de fondo que los motivaban. Y así los cambios se quedan en cambios de maquillaje. La cuestión no es utilizar nuevas tecnologías, cañones, música, cine, hacer peregrinaciones, danza, integrar el cuerpo, realizar juegos participativos o hacer dinámica de grupos, aun siendo todo esto bueno y necesario: la cuestión es el estilo de proceso que proponemos y la comunidad que lo sustenta.

Vienen a cuento unas palabras de Seymour Papert, científico computacional y educador, refiriéndose a la introducción de los ordenadores en el sistema escolar. Podemos hacer el esfuerzo de trasladarlo a la realidad de nuestros procesos pastorales.

El usar una conexión de Internet en el aula para avivar el currículo de matemáticas de una clase de cuarto grado es algo bueno. Háganlo sin dudarlo si son profesores de cuarto grado. Pero no confundan esto con la actividad que prescribo de desarrollar una visión sobre el futuro del aprendizaje. Como un ejercicio de imaginación educativa para fortalecer sus poderes visionarios, piensen en un mundo en el cual:

- *No existe algo llamado "cuarto grado", porque la segregación por edad ha ido por el camino de otras divisiones arbitrarias de personas.*
- *No existe algo llamado "aula de clase", porque el aprendizaje ocurre en una variedad de escenarios.*
- *Y no existe algo llamado "currículo", porque la idea de que todos deben tener el mismo conocimiento ha llegado a ser vista como totalitaria.*

En pastoral con jóvenes llevamos años incorporando nuevas metodologías. Y éstas son en sí interesantes y buenas, como el uso de los ordenadores en la escuela, pero insuficientes en sí mismas. Demasiadas veces liemos hilado dinámicas con las que "entretendemos" mejor a los jóvenes; pero esto no se traduce necesariamente en mejores procesos y una mejor educación en la fe de los jóvenes... y, sobre todo, más adecuada a sus necesidades.

A lo largo de los años los procesos pastorales se han ido enriqueciendo de las aportaciones de las Ciencias de la Educación. Siempre un poco a remolque, siempre un poco más tarde, aunque también es cierto que su carácter de procesos de educación no formal les permitió en ocasiones tomar la delantera en cuanto a la creación de espacios educativos más libres, más participativos y con mayor protagonismo de los jóvenes.

La renovación pastoral de los años 70-80 enfatizó la dimensión comunitaria y catecumenal de los procesos. Introdujo nuevas metodologías, nuevos contenidos e incluso nuevos objetivos en los procesos de pastoral con jóvenes. Respondió a un nuevo momento de la sociedad y de la Iglesia, a una generación entera de jóvenes que pudo (pudimos), así, acoger la Buena Noticia de Jesús como una palabra actual

y relevante en la cultura que les tocaba vivir, superando la percepción de una Iglesia obsoleta y anclada en el pasado. Esta renovación no tocó a toda la Iglesia española, pero sí a una buena parte de ella y dio fruto abundante en tantos religiosos/as, sacerdotes y seglares muchos de los cuales somos hoy los agentes de pastoral con jóvenes y los integrantes más activos de las comunidades cristianas.

No merece casi ni mención la hipótesis de que esta renovación "estuvo mal" y por eso hoy no nos funcionan los mismos métodos, hipótesis según la cual la solución sería volver a la metodología preconiliar. Lo que sí sucede es que han pasado 30 años y no pocas revoluciones culturales y tecnológicas: la sociedad y la cultura no han dejado de cambiar. Mal iremos si, en este mundo y esta cultura cambiante, pretendemos encontrar fórmulas inmutables; mal iremos en educación, y mal iremos en pastoral.

La mayor parte de nuestros procesos se enmarcan en lo que, más arriba, denominábamos como procesos lineales. Se trata de procesos con un antes y un después muy claro, con un camino común y homogéneo para todos marcado por una secuencia de objetivos/contenidos/actividades. Este tipo de procesos requieren un alto nivel de permanencia y estabilidad, y grupos fuertes como ámbitos de pertenencia. E implican, en este sentido, un compromiso previo de los participantes por asumir los "deberes" (asistencia, participación, otros compromisos) que demanda la participación en el grupo. Son "café para todos": si alguien desea participar sabe cuál es el itinerario que deberá recorrer, con muy pocos matices desde sus características o su situación personal. Y estamos hablando del mejor de los casos, en el que hay proceso.

Cuando un joven recorre este itinerario, salía y seguramente sale hoy en día con unos elementos sólidos para vivir el seguimiento de Jesús. Lo malo es que cada vez nos es más difícil que haya jóvenes dispuestos a embarcarse en estos largos itinerarios. En una sociedad con tal nivel de ofertas (mucho más atractivas que las eclesiales), donde ya no es necesario ir a la parroquia para encontrar un grupo de amigos o poder ir de convivencia, ni se considera que para ser buena persona o dar gusto a los padres hay que al menos confirmarse, estos grupos con tanta exigencia y tan poco atractivo, cuando aún no se ha descubierto el tesoro escondido, cuando no hay un primer encuentro vital con Jesús, tienen poco que ofrecer.

Más aún cuando ya casi ni la educación formal (que también va a remolque de la cultura) sigue ese esquema, creciendo cada vez en diversificación curricular, itinerarios múltiples y en mayores grados de optatividad... para una sociedad en cambio y adaptación permanente.

Si vivimos en una sociedad y una cultura líquida, si reconocemos que los jóvenes viven en un mundo de optatividad, la estructura de proceso que les proponemos tendrá que variar. Se trata de pasar:

- De procesos lineales, con un punto de entrada y un punto de salida, a procesos abiertos y circulares, donde quepan muchos puntos de entrada y muchos puntos de salida, donde se pueda recorrer uno u otro tramo; donde la permanencia y la pertenencia se vayan produciendo desde la experiencia profunda de encuentro con Jesús.
- De procesos más o menos rígidos, con una secuencia fija homogénea, a procesos flexibles, adaptables, con diferentes itinerarios desde las diferentes necesidades, inquietudes, búsquedas y sensibilidades de los jóvenes.

- De procesos en cierta medida cerrados, en los que sólo participan los que están dispuestos de partida a asumir un cierto grado de compromiso, a procesos inclusivos, donde caben todos, aunque no todos con el mismo nivel de profundidad o compromiso, donde pueden compartir camino y experiencias jóvenes con distinto grado de vinculación a la propuesta de Jesús y jóvenes con los que comparten la búsqueda común de un mundo más justo y humano según los valores del Reino.

Unos procesos que se compadecen mejor con la imagen del círculo que de la línea. Y cuando hablamos de círculos no hablamos del estilo de aprendizaje recurrente; más bien hablamos de círculos concéntricos en torno a la comunidad cristiana y al seguimiento de Jesús, donde existen lo que los obispos de Quebec llaman "grados de adhesión variables", y donde siempre es posible avanzar hacia un círculo más interno (como los electrones, cuando han ganado suficiente energía), o permanecer sin traumas y sin fracasos en el círculo en que se está; donde es posible y aceptable avanzar hacia el centro o salir a la periferia, y que constituyen un espacio donde cada joven va haciendo experiencia y aprendizaje y donde va teniendo ocasión de encontrarse con Jesús. Procesos en red entre comunidades y en red con otras organizaciones sociales que comparten con nosotros valores y esperanzas.

Pero ¡ojo!: éstos no tienen por qué ser procesos light, descafeinados, donde "todo vale". Precisamente de lo que no se trata es de "rebajar la exigencia", bajar el listón, adaptar el seguimiento de Jesús a un barniz de buena conciencia y espiritualidad compatible con cuanta opción se quiera. La radicalidad de la propuesta dependerá en buena medida de la radicalidad de la comunidad que la acompaña. Y no podemos renunciar a proponer el seguimiento de Jesús como opción globalizadora de la vida. Sí podemos caminar con los que tienen otras opciones, y sí podemos propiciar en los jóvenes experiencias, formación y acompañamiento (personal, grupal y ambiental) que les permitan hacer una experiencia radical de seguimiento de Jesús y les den los instrumentos necesarios para crecer y optar por él en libertad y globalidad.

Para desarrollar este tipo de procesos, necesitamos apostar por:

- Generar ambientes de jóvenes en torno a la comunidad donde se vivan y palpén los valores del Reino y donde se pueda escuchar la palabra de Jesús. Los valores se aprenden por contagio, y es necesario espacios donde poder ejercitarlos y probarlos.
- Ser comunidades cristianas abiertas a los jóvenes que testimonien la presencia de Jesús en medio de ellas. Comunidades que vivan la fraternidad y puedan ofrecer a los jóvenes espacios para palpar "un trocito de Reino". Comunidades y hermanos que anuncien con palabras y con hechos la presencia de Jesús en sus vidas.
- Crear espacios con puertas abiertas, con facilidad para entrar y para salir, nunca ghettos cerrados y protegidos. Espacios, comunidades y pastorales en diálogo y en relación y colaboración con otros, compartiendo luchas e inquietudes con ellos.
- Ofrecer una formación humana y cristiana a los jóvenes profunda y de calidad, que les permita plantear su vida y su participación como cristianos en la Iglesia y en el mundo.
- Ser y formar acompañantes expertos en la fe y expertos en humanidad, capaces de acompañar a los jóvenes en itinerarios personalizados, radicales, desafiantes y liberadores.

Procesos que, por tanto, tendremos que aprender a programar y acompañar de otra manera, más personalizada, más libre, más abierta... por supuesto que con nuevas metodologías. Pero, volviendo a las palabras de Seymour Papert, no se tratará sólo de introducir el ordenador en la reunión del grupo de confirmación de segundo año. Se tratará de imaginar una pastoral donde los grupos no se constituyen por el tiempo que los jóvenes llevan en la parroquia ni por la vinculación al sacramento, sino por la experiencia a la que se van vinculando; donde probablemente los grupos se seguirán reuniendo (creo yo), pero el proceso y la formación, personalizado, transcurre en una variedad de escenarios; y donde cada joven va asumiendo las opciones personales desde la experiencia vital que va teniendo de encuentro con Jesús y su Reino.

Pastoral con jóvenes, comunidad e Iglesia

Una pastoral con jóvenes con este perfil no se sostiene, sin embargo, sin una verdadera apuesta. Cuanto más se complejiza una sociedad, tantos más recursos tiene que ofrecer a la educación para que ésta sea capaz de responder a sus necesidades. De la misma manera, en la medida en que la identidad cristiana ya no es (y cada vez va a ser menos) una identidad sociológica, y ni la escuela ni los medios de comunicación nos van a hacer el trabajo, la Iglesia y las comunidades tendremos que invertir seriamente en pastoral si queremos evangelizar y formar a los jóvenes.

Esto no es nuevo. La Iglesia siempre ha invertido en evangelización y educación en la fe; al fin y al cabo, "ella existe para evangelizar" (EN, 14). Los mejores procesos pastorales los han realizado equipos de comunidades e instituciones que han invertido personas y recursos para pensar y desarrollar estos procesos.

En España, la tarea evangelizadora-pastoral ha estado delegada en los sacerdotes, los religiosos y religiosas, los colegios católicos e incluso (en tiempos) en el catolicismo del Estado. Esa situación también hace aguas. Hoy hay menos sacerdotes, con una media de edad alta y muchas tareas entre manos, y no siempre tienen sensibilidad hacia los jóvenes o carisma para trabajar con ellos. También las comunidades (religiosas y laicales) sentimos que no crecemos al ritmo que solíamos, y nos encontramos con más tareas de las que podemos abarcar. Pero o bien apostamos por invertir en personas y equipos cualificados para la tarea pastoral o no esperemos frutos donde no sembramos (como decía aquella canción).

Sentimos los efectos de una cultura que complejiza respecto a épocas pasadas la tarea evangelizadora y pastoral con jóvenes. Somos conscientes del alejamiento de los jóvenes de la Iglesia por muchas razones, muchas de las cuales no hemos mencionado aquí. Y sin embargo percibo que, ante la dificultad, invertimos cada vez menos en ellos. Porque tenemos muchas otras cosas entre manos, algunas sin duda muy importantes. Porque somos menos. Porque nos descolocan. Pero cada vez seremos menos si no nos atrevemos a afrontar el reto que estos jóvenes nos lanzan. Y, más importante aún: existimos para evangelizar. No hemos recibido un tesoro para esconderlo en el campo; no hemos recibido el agua viva para dejar que se estanque. Probablemente los cristianos "progresistas" somos aún más reacios a invertir en pastoral con jóvenes. Nos suena a proselitismo, a tarea menor y "al interno". Pero hacemos un flaco servicio a los jóvenes, a los pobres, a la historia y al Reino si no nos atrevemos a afrontar este desafío.

La dedicación a la pastoral está aún en nuestra Iglesia de España restringida a los "profesionales de la religión": sacerdotes y religiosos/as. Los laicos participamos

"voluntariamente", en el tiempo libre que nos deja una vida que también es compleja para nosotros. América Latina nos lleva una gran ventaja en esto: es una Iglesia capaz de 'profesionalizar' a otros miembros de la comunidad para tareas pastorales. No sólo ni principalmente por una necesidad numérica, sino también porque el Espíritu reparte los carismas como quiere, y no siempre los sacerdotes o los religiosos/as son los que tienen la formación, o el cansina, más adecuado para la pastoral con jóvenes. Pero esto requiere que seamos realmente una Iglesia comunitaria, capaz de dar juego a sus miembros en función de la misión que se le ha encomendado. Por otra parte, la complejidad de los procesos educativos en la sociedad que vivimos exige acompañantes formados en pastoral y educación, con experiencia de Dios y con perspectiva educativa. Somos muy conscientes de las necesidades de una formación seria para trabajar en el ámbito social. Lo consideramos como el respeto mínimo que les debemos a las personas con las que trabajamos. Sin embargo, para hacer pastoral con jóvenes nos basta con un breve barniz de un cursillo de unos días, o simplemente con el presupuesto de la experiencia.

No estoy proponiendo renunciar a toda la amplia red de participación voluntaria en la pastoral con jóvenes. Tampoco estoy diciendo que para anunciar a Jesús sea preciso hacer veinte cursillos. No hace falta ninguna formación específica para ser testigo y comunicador de la Buena Noticia que vivo. Pero sí estoy diciendo que, si queremos realizar procesos pastorales de calidad que sirvan al crecimiento humano y cristiano de los jóvenes necesitaremos tomarnos en serio la formación y la dedicación de los agentes pastorales, asumiendo y profundizando en los aportes de las ciencias de la educación. La fe no es sólo producto de la educación, pero la fe se educa. Y habrá que saber realizar estos procesos con calidad, no sólo teológica, sino también educativa.

Comenzábamos este artículo recordando la premisa de que todo proceso educativo refleja la sociedad que lo produce. También nuestra pastoral refleja nuestras comunidades y nuestra Iglesia. No será fácil cambiar los procesos pastorales si no estamos dispuestos a cambiar formas de hacer y de ser en nuestra vivencia comunitaria y eclesial.

Una pastoral que eduque en libertad y a la libertad requerirá de la Iglesia ser cada vez más una Iglesia participativa, donde todos tengamos espacio para aportar, crecer y compartir. Una pastoral con jóvenes que les invite a un mundo de hijos y hermanos pedirá una Iglesia comunitaria, y, a su vez, sólo una comunidad cristiana viva podrá gestar y alumbrar esa pastoral. La pastoral que hagamos dependerá del estilo de comunidades que vivamos, y será a su vez madre de las propias comunidades, provocando transformaciones en ellas. Una pastoral audaz, desde los jóvenes, que se atreva a mirar a Dios desde los jóvenes, nos obligará a cuestionarnos y a cambiar muchos de nuestros modos de hacer.

Una llamada a la esperanza: Dios siempre va delante

Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza, porque se acerca vuestra liberación (Lc 21, 28).

Siempre me han llamado la atención estas palabras de Jesús, justo en los previos a su detención y su muerte, y hablando de las cosas tremendas que sucederán. No hace falta que nos pongamos apocalípticos: simplemente se trata de reconocer que lo que nos parece catastrófico puede ser sorprendentemente el prólogo de algo nuevo y mejor, que no podríamos alcanzar si todo discurriera por los caminos

normales, apropiados, tranquilos y controlados que nos gusta transitar... pero que no son capaces de llevarnos más allá.

Nosotros podemos no saber cómo llegar a los jóvenes, pero Dios sí sabe cómo llegar. Dios va siempre delante. Él ya está presente en esta cultura que nos desconcierta, está presente y actuante en los jóvenes en los que nos llama. Por eso, más allá de estas sugerencias, la pastoral ha de ser una apuesta por los jóvenes, convencidos de que Dios, lejos de proponernos que nos repleguemos en los cuarteles de invierno, nos está citando en ellos, obligándonos a desinstalarnos y a romper nuestras inercias, para descubrirnos nuevos horizontes que no alcanzamos a imaginar. Ojala seamos valientes y nos atrevamos a responder a este desafío.

Cristina Menéndez

(Publicado en Revista de Pastoral Juvenil n° 442-443, febrero – marzo 2008, pp. 3-16)